

No Pagar Vieja Historia

POR LORENZO MEYER

DESDE las alturas se nos pide "serenidad" ante la crisis de la crisis y los poderosos se ponen a sí mismos como ejemplo. Bueno, hay que reconocer que ni en sus peores momentos los funcionarios mexicanos pecan de modestia.

Yo confieso abiertamente que carezco del temple de acero que nuestros dirigentes dicen tener. La última caída de los precios del petróleo no sólo me ha quitado la poca serenidad que me quedaba, sino hasta el sueño. Sin embargo, no creo que si llegáramos a la moratoria en el pago de nuestra enorme deuda externa el mundo se nos viniera encima. Después de todo ya hemos pasado un par de veces por estos aprietos y el país no se acabó.

Veamos el asunto con ojos de historiadores, quizá de esta manera logremos la serenidad que se nos pide. La Nueva España —pese a no ser ejemplo de buena administración— no sólo no importó capital, sino que se dio el lujo de exportarlo a la madre patria y a otras colonias que no eran autosuficientes, como Cuba, las Filipinas o Centroamérica.

★

EN realidad el gusto por pedir prestado lo adquirimos con la Independencia. Iturbide fue el primero en iniciar negociaciones para obtener un préstamo internacional. A fin de cuentas fueron sus enemigos, los republicanos, quienes lograron obtener el empréstito aunque en términos que dejan mucho que desear. En efecto, el gobierno de don Guadalupe Victoria (1824-1829) contrató préstamos por 6.4 millones de libras esterlinas, pero por los descuentos sólo recibió 2.4 millones, mismos que no invirtió sino que usó para sufragar la compra de armamentos y

los gastos corrientes del gobierno.

Por más de setenta años los sucesores de don Guadalupe no pudieron pagar lo acordado. Esta fue nuestra primera moratoria. Para el momento en que don Porfirio pudo contar con los ingresos mínimos necesarios para hacer frente al pago de la deuda, los acreedores británicos exigían por capital e intereses el pago de 23.5 millones de libras (diez veces la cantidad que México había recibido ori-

ginalmente). Tras una serie de negociaciones nuestros acreedores se conformaron con que se les pagaran 14.6 millones de libras... y en bonos. Fue así como se inició la segunda etapa de nuestra deuda externa.

★

COMO todos sabemos, don Porfirio logró que México tuviera un buen crédito en los mercados internacionales de capital. El dinero que obtuvo ya no lo usó para el gasto corriente, sino para inversiones relativamente productivas, como los ferrocarriles. Digase lo que se diga del antiguo régimen, hay que reconocer que manejó su endeudamiento con prudencia. Cuando la Revolución puso fin a la dictadura porfirista, el gobierno mexicano debía al exterior 220 millones de dólares, es decir 14.6 dólares por cada mexicano.

La Revolución dislocó totalmente las finanzas del Estado mexicano. El gobierno interino y el de Madero se endeudaron por 20 millones de dólares. Victoriano Huerta todavía logró que los banqueros internacionales le prestaran algo, pero en enero de 1914 su gobierno se declaró en quiebra e inició así la segunda moratoria que habría que durar casi treinta años.

En cuanto la guerra civil amainó, los sonorenses intentaron devolver a México su calidad de sujeto internacional de crédito y firmaron un montón de acuerdos con los acreedores que fueron más una muestra de su deseo de pagar que el principio de la regularización de nuestra deuda. Los acuerdos De la Huerta-Lamont, Pani-Lamont o Montes de Oca-Lamont no sirvieron para nada. Nuestra deuda pública y ferroviaria ascendía entonces a más de 700 millones de dólares (capital e intereses no pagados), es decir aproximadamente 50 dólares por cada mexicano.

La segunda guerra nos trajo, entre otras cosas, dos muy importantes: la buena voluntad del gobierno norteamericano y un aumento en las exportaciones. En 1942 llegamos a un acuerdo definitivo con nuestros acreedores, el monto total a pagar por la deuda del gobierno de los ferrocarriles fue de poco menos de 100 millones de dólares que se liquidaron con bonos pagaderos en veinte o veinticinco años. No hay duda de que nuestros acreedores

12-II-86

salieron perdiendo.

Con la Segunda Guerra Mundial se inició también la historia del tercer capítulo de nuestra deuda, de esa que ahora nos ahoga. Por un tiempo nuestros gobernantes fueron ejemplo de moderación. En 1971, por ejemplo, apenas si debían 4,500 millones de dólares, pero la crisis de nuestra economía les hizo lanzar la prudencia por la ventana y en los quince años que siguieron la deuda aumentó en veinte veces hasta llegar a los casi 100,000 millones de dólares que ahora debemos, es decir 1,300 dólares per cápita o, lo que es lo mismo, cien veces más de lo que era esta cifra cuando don Porfirio se fue en el Ipiranga.

La accidentada historia de nuestra deuda externa encierra un buen número de lecciones, pero lo limitado del espacio sólo me permite hacer referencia a un par de ellas. En primer lugar, que siempre se termina pagando. En segundo,

que nuestros acreedores pueden salir perdiendo y mucho, quizá tanto o más que nosotros. Nuestras autoridades pueden esgrimir la debilidad del país como un arma muy efectiva frente a los bancos extranjeros y sus gobiernos. Pueden contarles de manera más elaborada la historia que acabo de resumir para convencerles de que lo más prudente es que nos rebajen los intereses y nos den plazos de pago muy largos,

pues de lo contrario podemos iniciar la tercera moratoria, que puede durar

un buen número de años... y terminar pagándoles menos de lo que nos prestaron.